

si no las encuentra suficientes á convencer al tribunal más complaciente, ó si tiene otros motivos para evitar un juicio público, no por esto suelta á sus prisioneros. Y en cuanto á aquellos á quienes forma proceso, los subtrae las más de las veces á los jueces ordinarios.

Los reyes anteriores también se habían arrogado el derecho de llevar á los criminales de Estado ante tribunales arbitrariamente compuestos de consejeros de Estado, de relatores y de miembros de los diversos parlamentos; pero lo que en ellos fué excepción pasó á ser regla general en tiempo de Luis XIII. El ministro hizo juzgar por comisarios á casi todos sus enemigos, y cuando acudió á los tribunales ordinarios, violó las formas protectoras de la justicia; así, mandó juzgar por el parlamento de Tolosa á Montmorency, que como duque y par hubiera debido comparecer ante el parlamento de París, pretextando que su rebelión le había degradado de su privilegio; y no fué esto sólo, sino que hizo que presidiera el tribunal el guardasellos, Chateaufort. El rey en persona quiso presidir el consejo de guerra que juzgó al duque de La Valette. Las más de las veces el tribunal se compone enteramente de jueces encargados de condenar, y por esto Richelieu anuncia anticipadamente la sentencia; y si se ha equivocado respecto de las disposiciones de los jueces, los cambia. El mariscal de Marillac comparece primeramente ante una sala reunida en Verdún, pero luego, habiendo sido esta sala destituida, es encerrado en el castillo de Pontoise y juzgado al fin por comisarios y condenado á muerte en la misma casa de Richelieu, en Rueil.

Nunca fueron tan frecuentes las acusaciones de lesa majestad como en tiempo de este ministro, para quien comete un crimen de Estado todo el que se opone á su voluntad. El mariscal de Montmorency es ejecutado justamente como reo de rebelión; pero el mariscal de Ornano muere en la Bastilla por haber dado malos consejos á Gastón; y el mariscal de Marillac «ha merecido su suplicio por su ingratitud y por su mala conducta.» Por esto decía con mucha razón el mariscal de Saint-Geran, que moría en su lecho de muerte natural (diciembre de 1632): «En el otro mundo no me reconocerán, porque hace mucho tiempo que no ha ido por allí ningún mariscal de Francia con la cabeza sobre sus hombros.»

Con este terrible trabajo de destrucción preparó Richelieu el advenimiento de la monarquía absoluta ó, dicho más exactamente, de la monarquía administrativa. Despojó de una parte de sus funciones á los poderes intermediarios, y á consecuencia de ello hubo de buscar un nuevo personal del todo dependiente y dócil, y suprimió la fiscalización de hecho que imponían al rey la grandeza de su propia sangre, la ilustración de la estirpe, la autoridad de las costumbres y de las funciones, en una palabra, toda la fuerza de opinión que residía en las personas de alta dignidad, en las corporaciones constituidas y en las tradiciones.

Richelieu gobernó según el sistema antiguo, pero abusó excesivamente del poder, empleando como medios normales los medios dictatoriales á los que la antigua monarquía sólo apelaba en una crisis de peligro ó de pasión, y haciendo ver todo el despotismo que con la monarquía antigua era posible. Por lo demás, no hubo de inventar nada para ser tirano; le bastó querer

serlo. Léase su Testamento político, y no se descubrirá en él el plan, ni siquiera el boceto de un sistema nuevo de gobierno.

CAPÍTULO IX

RICHELIEU Y LA IGLESIA (I)

I. La religión de Richelieu. — II. Manifestaciones del renacimiento católico en el siglo XVII. — III. Reforma del clero y de las órdenes religiosas. — IV. Galicanismo y episcopalismo. — V. La inmunidad financiera del clero.

I.—La religión de Richelieu

Richelieu varió mucho ciertamente, siendo grande la distancia que media entre el orador del Clero de 1614 y el hombre de Estado que en 1626 condenaba el libro de Santarel y que, en los últimos tiempos de su ministerio estaba en abierta lucha con el nuncio del papa y con las asambleas del Clero. Sin embargo, jamás fué un galicano ni en el sentido parlamentario ni en el de los adeptos de Richer.

Todavía escribía en su Testamento político: «Las personas que se consagran á Dios y se unen á su Iglesia están tan absolutamente exentas de la jurisdicción temporal de los príncipes, que sólo pueden ser juzgadas por sus superiores eclesiásticos. El Derecho divino y el de gentes establecen claramente esta inmunidad.» Lo mismo al final que en el comienzo de su ministerio, protestaba contra las invasiones de los parlamentos y otras justicias reales en las justicias de la Iglesia y proponía definir y restringir las apelaciones considerándolas como abusos.

Nunca dejó de reclamar «para las personas consa-

(1) FUENTES: *Lettres, Mémoires et Testament politique du cardinal de Richelieu*. Aubery, *Mémoires pour l'histoire du cardinal duc de Richelieu*, 1660, II. José Grandet, *Les saints prêtres français du XVII^e siècle*, obra publicada por primera vez, según el manuscrito original, por G. Letourneau, 2. vol., 1897. Abelly, *La vie du vénérable serviteur de Dieu, Vincent de Paul, instituteur et supérieur général de la congrégation de la mission*, dividida en 3 libros, París, 1664. Luis Batterel, *Mémoires domestiques pour servir à l'histoire de l'Oratoire*, pub. por Ingold y Bonnardot, II, 1903. Isambert, *Recueil des anciennes lois françaises*, XVI. *Mémoires de Mathieu Molé*, II, «S. H. F.» *Mémoires de Omer Talon*, M. y P., 3.^a serie, VI. *Collection des procès-verbaux des assemblées générales du clergé de France*, II y III, 1768-69. *Mémoires de M. de Montchal, archevêque de Toulouse*, 1718, 2 vol.

OBRAS DE CONSULTA: G. Fagniez, *Le P. Joseph et Richelieu*, tomos I y II. Hanotaux, *Histoire du cardinal de Richelieu*, I y II. Caillet, *L'Administration sous le cardinal de Richelieu*, I. D'Avenel, *Richelieu et la monarchie absolue*, 1895, III. Picot, *Essai historique sur l'influence de la religion en France pendant le XVII^e siècle*, 1824, 2 vol. Sainte-Beuve, *Port-Royal*, 1888, I. Francis Parkmann, *The Jesuits in North-America in the seventeenth century*, 2.^a ed. Londres, 1885. P. Maynard, *Saint Vincent de Paul...*, 1873-74, 4 vol. P. de Broglie, *Saint Vincent de Paul*, 1897. Raúl Allier, *La Caballe des Dévots*, 1627-1666, 1902. Rebellian, *Un épisode de l'histoire religieuse du XVII^e siècle. La Compagnie du Saint-Sacrement et la contre-réformation catholique*, «Revue des Deux-Mondes», 1.^o de julio, 1.^o de agosto, 1.^o de septiembre de 1903. Luis Batiffol, *Au temps de Louis XIII*, 1904. Jullian, *Histoire de Bordeaux depuis les origines jusqu'en 1895*, Burdeos, 1895. P. Puyol, *Edmond Richer, Etude historique et critique sur la rénovation du gallicanisme au commencement du XVII^e siècle*, tomo II, 1876. L. Ellies Du Pin, *Nouvelle bibliothèque des auteurs ecclésiastiques*, XVII, 1741. G. Demante, *Histoire de la publication des livres de Pierre Du Puy sur les libertés de l'Eglise gallicane*, «Bibliothèque de l'Ecole de Chartes», V, 1843-1844.

II.—Manifestaciones del renacimiento católico en el siglo XVII

gradas al ministerio de la religión» el derecho de ocupar la primera categoría después de los príncipes soberanos, «no sólo en lo concerniente á lo espiritual, sino también en lo relativo al gobierno civil y político...»

Cuando fué jefe del Consejo, rodeóse de sacerdotes y de frailes: empleó en la diplomacia á su hermano, Alfonso Du-Plessis, arzobispo de Lyon, al P. Berulle y al cardenal de Marquemont; hizo del cardenal de La Valette un general, y del arzobispo de Burdeos, Sourdis, un almirante; dos obispos de Mende, Du Plessis-Houdancourt, y su sucesor, Cruzy de Marcillac, y el obispo de Nantes, Beauveau, fueron importantes proveedores de suministros para el ejército; y el obispo de Auxerre, Pedro de Broc, era el «impulsor» del mariscal de Chatillón, cuya lentitud era proverbial. El mismo cardenal fué en el sitio de La Rochela teniente general de los ejércitos del rey, y en la campaña de Italia, en 1630, presentíase al frente de las tropas á caballo, con armas y coraza. El P. José, un monje, fué el consejero de quien hizo más caso; y cuando quiso designar sucesor, indicó á un cardenal, Mazarino.

No hay que imaginarse, pues, á Richelieu como un hombre de Estado perteneciente á la Iglesia por casualidad, sino como el tipo representativo de una época en que el Clero, apoyado por la opinión, aspiraba á desempeñar el primer papel en el Estado y en la sociedad.

Era religioso y observante de las prácticas de la religión. En 1621 prometió por escrito hacer decir una misa á perpetuidad todos los domingos en su casa de Richelieu, si Dios, por la intercesión del apóstol San Juan, le libraba «dentro de ocho días de un dolor de cabeza extraordinario;» en 1633 se mandó llevar de Meaux las reliquias de San Fiacro cuyo contacto cura las hemorroides; en mayo de 1636 inspiraba á Luis XIII un voto á la Virgen «antes de que los ejércitos empiecen á trabajar;» y en febrero de 1638, para dar gracias á Dios por los triunfos alcanzados sobre los enemigos del interior y del exterior, publicó una declaración por la cual Luis XIII consagraba «á la santísima y gloriosísima Virgen» su persona, su Estado, su corona y sus súbditos (1). A cada contrariedad, nacional ó personal, tuvo Richelieu crisis de fervor y pensó más seriamente en su salvación. Pertenecía á la sociedad y en la sociedad vivía disfrutando, como gran señor, de las fiestas, de las comedias y de las reuniones de mujeres engalanadas. Tuvo por la señora de Chevreuse, la incorregible conspiradora, una indulgencia que revela cariño; no fué insensible, según decían, á la belleza de Ana de Austria; y, al decir de la crónica escandalosa, amó demasiado á su sobrina, la señora de Combalet, á la que hizo duquesa de Aiguillon y no quiso nunca dejar entrar en el convento. Mas, á pesar de todo esto, su fe era ardiente y absoluta (2).

(1) Esta declaración, publicada en febrero de 1638, estaba ya redactada en noviembre de 1637, cuando nada hacía prever el inesperado embarazo de Ana de Austria. Se equivocan, pues, los que han querido ver en ella un voto ó una acción de gracias por el nacimiento de Luis XIV (5 de septiembre de 1638).

(2) Hizo juzgar y condenar á la hoguera al párroco de San Pedro de Loudun, Urbano Grandier, hombre guapo y presuntuoso cuyos triunfos inquietaban á los maridos y acabaron por turbar en su retiro á algunas pobres ursulinas. «Todas convenían, dice Richelieu, en que habían visto en sus celdas á un hombre á quien

Era aquel el momento en que el catolicismo, reanimado y avivado, volvía á ser un foco de vida moral y religiosa y en que no sólo en los conventos, sino también en el mundo, había almas que se consumían en el amor divino y se proponían un ideal de virtudes sobrehumanas. Un presidente del parlamento de Burdeos, Gourgues, y su mujer, después de haber tenido una hija vivieron como dos hermanos; la esposa, que era joven (falleció á los 23 años), se vestía pobremente é iba á pedir limosna «por amor de Dios.» La señora de La Peltrie (María Magdalena de Chavigny), que renunciaba al convento por obedecer á su padre, contraía con el señor de Bernieres un matrimonio casto. Una ursulina, María de la Encarnación, de una familia de la clase media de Tours, veía á Cristo, lo tocaba y le decía suplicante: «¡Venid para que os bese y muera entre vuestros brazos sagrados!»

El P. de Condren, segundo general del Oratorio (muerto en 1641), en un arranque de amor á Dios, sintió «una palpitación tan violenta, que varias de sus costillas cambiaron de sitio para dar espacio á su corazón y se formó en su pecho una eminencia que ya jamás desapareció.» Condren era el director espiritual «de todos los hombres santos que había en París;» de Olier, fundador de San Sulpicio; de Bertaut, «que se consagró por entero á arrancar de sus libertinajes á las mujeres perdidas;» de Bernard (el pobre sacerdote); de una sirvienta llamada Barbe «cuyo estado se acercaba al de las Catalina de Sena y de las Magdalena de Pazzi, y de otros muchos. Por esto acostumbraba decir que este último siglo (el XVII) era el siglo de los santos y en nada desmerecía de los primeros tiempos de la Iglesia, y que había tantos y aun más, pero que su gracia era la vida escondida.»

La historia del Canadá en tiempo de Richelieu es un capítulo de historia religiosa ilustrado con predicasiones, visiones y martirios. Con unos pocos colonos arriban á aquellas nuevas tierras gran número de misioneros y de religiosas que sueñan con convertir á los salvajes y arrancar algunas provincias al imperio del demonio. En el Canadá se desborda la oleada del proselitismo católico contenida en Francia.

En aquel entonces, Olier, en París, y un recaudador de impuestos, Jerónimo Le Royer de La Dauversiere en La Fleche, oyeron voces que les ordenaban, á éste, que fundara una nueva orden de hermanas hospitalarias, y á aquél, una nueva orden de sacerdotes misioneros en la isla de Montreal, en el San Lorenzo; y se dice

describían, sin conocerlo, tal como era el párroco de San Pedro de Loudun, y que les hablaba de impureza y por medio de varias persuasiones impías trataba de lograr su consentimiento. Después de estas apariciones, algunas de ellas se encontraron atormentadas y hacían actos de asediadas ó poseídas del espíritu maligno. Grandier fué quemado vivo en 18 de agosto de 1634 y murió impenitente, «lo cual fué una prueba espantosa del abandono en que deja Dios á la hora de la muerte á los que le han abandonado durante su vida... y del poder riguroso que el diablo ejerce en este trance extremo sobre los que se la han dado (la vida) voluntariamente.» Richelieu persiguió también á iluminados que, pretendiendo que en la unión del alma con Dios los actos del cuerpo son indiferentes, mezclaban su misticismo con la sensualidad.

que habiéndose encontrado algún tiempo después en Meudón los dos visionarios, se reconocieron instintivamente y fundaron, junto con otras personas piadosas, la Sociedad de Nuestra Señora de Montreal para instituir, en medio de tribus salvajes, una misión de predicadores, una escuela para los niños indios y un hospital servido por religiosas. Custodiados por cuarenta soldados y un valiente capitán, Pablo de Chomedey, señor de Maisonneuve, partieron varios sacerdotes y religiosas que, después de una etapa en Quebec (1642), desembarcaron en una isla perdida, entonando cánticos, y pusieron su vivienda, cuna de una ciudad, bajo la advocación de la Virgen, con el nombre de Ville-Marie-de-Montreal.

La señora de La Peltrie habíase instalado ya en Quebec (1639) con sor María de la Encarnación y algunas otras ursulinas, que comenzaron a instruir a las muchachas salvajes. La duquesa de Aiguillon había dado dinero para construir un hospital (1639). Los jesuitas fundaron un colegio con los 16.000 escudos de oro que para este objeto les legó un hidalgo picardo; además abrieron cerca de la ciudad, en Notre-Dame-des-Anges, un seminario para los jóvenes salvajes, pero este establecimiento no les dió resultados. A cuatro millas de allí, el caballero Noel Brulart de Sillery construyó una aldea para residencia de los indios cristianizados. Algunos jesuitas se llevaron a los hurones convertidos a orillas de los grandes lagos, lejos del contacto y de los vicios de los civilizados.

En Francia, el cristianismo se propagó principalmente por medio de obras; un simple sacerdote organizó en este país la caridad. Vicente de Paúl, hijo de padres pobres, nacido en la aldea de Ranquines (parroquia de Pouy y diócesis de Dax), aprendió un poco de latín, se graduó en Tolosa de bachiller en teología y se ordenó de sacerdote (1600). Apresado por los piratas berberiscos, cuando se dirigía por mar a Marsella, estuvo encerrado en los presidios de Túnez, y habiéndose escapado de éstos, oyó hablar de los presidios franceses en casa del general de las galeras, Filiberto Manuel de Gondi, que le había confiado la instrucción de sus hijos. Sus estancias en el campo, en las propiedades de Gondi, le permitieron apreciar por sus propios ojos la condición de los aldeanos, y de esta suerte vió de cerca todas las miserias antes de trabajar para curarlas.

En 1622, aceptó el cargo de capellán de las galeras y fué a Marsella para enterarse de las necesidades espirituales de los presidiarios. Estos infelices estaban «agobiados de miserias y de penas... que los inducían continuamente a la blasfemia y a la desesperación.» «Vicente de Paúl puso todo lo que su caridad pudo sugerirle para calmar sus espíritus... A este efecto escuchaba con gran paciencia sus quejas, se compadecía de sus desgracias, les besaba y besaba sus cadenas, y suplicaba a los cómitres que los trataran más humanamente...» Posteriormente, «explicó a Richelieu y a la señora duquesa de Aiguillon, que los que enfermaban continuaban sujetos a la cadena en las galeras, en donde la miseria se los comía y estaban casi consumidos por la podredumbre y la infección.» El cardenal, impresionado por aquella descripción, mandó edificar en Marsella un hospital para los presidiarios enfermos.

Vicente de Paúl había fundado en Chatillon-les-Dombes, en donde había sido algunos meses vicario en 1617, una asociación, libre y sin votos, de mujeres de todas las clases sociales, que de sus ocios ó de sus trabajos tomaban el tiempo necesario para asistir a los enfermos pobres; pero como esas sirvientas voluntarias sólo podían prestar una colaboración intermitente, Vicente de Paúl y una de aquellas buenas mujeres que fueron sus mejores auxiliares (Luisa de Marillac, viuda del señor Legrás) crearon una congregación dedicada al servicio de los pobres y de los enfermos, que empezó su obra modestamente en una casa de la señorita Legrás, cercana a Saint-Nicolas du Chardonnet. Tal fué el origen de las admirables hermanas de la Caridad (1633).

La imagen más popular de Vicente de Paúl lo representa llevando entre los pliegues de su manto a un niño de pecho. En 1638 comenzó la obra de los Expósitos, de los que recogió más de seiscientos en diez años; pero las señoras que con sus limosnas los mantenían encontraban la carga cada vez más pesada y amnazaban con desentenderse de ella; entonces Vicente de Paúl las reunió en el palacio de la duquesa de Aiguillon y les habló con toda su alma de aquellas criaturas que por compasión habían adoptado: «Decid ahora si queréis abandonarlos; dejad de ser sus madres para convertirlos en sus jueces; su vida y su muerte están en vuestras manos.» Las damas allí reunidas votaron por aclamación la creación de un Hospital para Expósitos.

También fundó, en 1638, el Hospicio del Nombre de Jesús (más tarde denominado Hospicio de los Incurables) para albergar a ochenta ancianos, y el Hospicio de la Salpetriere «para colocar a todos los pobres en lugares en donde fuesen mantenidos, instruidos y ocupados.»

Numerosas son las instituciones caritativas en tiempo de Vicente de Paúl: las Hijas de la Providencia, fundadas por María de Lumagne, una de sus colaboradoras (1630), y las Hijas de la Magdalena, dotadas por la marquesa de Seignelay, de la familia de los Gondi (1620), trabajaban para apartar ó preservar del libertinaje a las muchachas pobres, a las que las Hijas de la Cruz (1640) instruían y amparaban. Cien huérfanas encontraban asilo en el Hospital de la Misericordia fundado en el arrabal de San Antonio por el canciller Seguier. Otras obras benéficas tenían por objeto recoger a los incurables, socorrer a los convalecientes y cuidar a domicilio a las mujeres y a las jóvenes a quienes repugnaba ir al hospital.

La mayoría de las congregaciones fundadas en tiempo de Luis XIII son más activas que contemplativas; por algunas órdenes consagradas a la oración, no todas de origen francés, ¡cuántas más destinadas a combatir la miseria y el mal! El renacimiento católico tiene su representante más puro y genuino en Vicente de Paúl, para quien amar y obrar son una misma cosa: «Amemos a Dios, dice, pero a costa de nuestros brazos, del sudor de nuestros rostros. Sólo nuestras obras nos acompañan en la otra vida.»

Más sensible era aún a las miserias morales que a las materiales. Conocía por experiencia la ordinariéz del bajo clero, su ignorancia y sus costumbres, capaces

de corromper las de los fieles. Para evangelizar a las poblaciones rurales fundó la Orden de la Misión, cuyos miembros se obligaban «a no predicar ni administrar los sacramentos en las grandes ciudades, a no ser en caso de notable necesidad.» Instalados primeramente en el Colegio de los Bons-Enfants (1627), trasladáronse en 1632 a la casa de San Lázaro (de donde su nombre de lazaristas). Conforme a sus primitivos estatutos, que les imponían el deber de «auxiliar espiritualmente a los pobres presidiarios,» Vicente de Paúl los envió fuera del reino, a Túnez y a Argel, «para que allí socorrieran a los pobres esclavos cristianos;» y contra lo que aquellos estatutos disponían, aquel hombre, «que tenía el corazón más grande del mundo,» les hizo ir a países herejes ó infieles, «a fin de que conquistaran almas para Jesucristo.»

San Lázaro no fué solamente un seminario de misioneros; fué, además, la gran casa de retiro y de edificación de París y del reino; allí acogía Vicente de Paúl a todos aquellos que, sacerdotes ó laicos, necesitaban recogerse, algunos días ó algunas semanas, lejos del mundo y en una atmósfera de humildad y de piedad; allí se veían reunidos para las mismas devociones y sentados a la misma mesa, a pobres y ricos, lacayos y grandes señores, soldados y obispos; allí hacían retiros de diez días los ordenandos de la diócesis antes de ser consagrados, y celebraban muchos sacerdotes todos los martes una conferencia para mantener en ellos «la gracia de su carácter» (1633). Si se considera que Vicente de Paúl llevó, durante la regencia de Ana de Austria, la hoja de los beneficios, se comprenderá fácilmente cuánto influyó en la reforma del alto clero.

Formar sacerdotes instruidos y piadosos era la gran necesidad de la época. A satisfacerla no bastaba el Oratorio, al cual la enseñanza había distraído de su primitivo objeto, y eran menester, por consiguiente, seminarios. Adrián Bourdoise (1584-1655), de humilde cuna como Vicente de Paúl, comenzó, desde 1618, a instruir a clérigos jóvenes y a prepararlos para el presbiterado en la comunidad-seminario de Saint-Nicolas-du-Chardonnet; y lo que Bourdoise hizo para París, Olier lo hizo para toda Francia y para el mundo entero. Vivía Olier en comunidad, desde hacía algunos meses, con varios sacerdotes en Vaugirard (1641) cuando fué nombrado párroco de San Sulpicio (1641); entonces llevóse consigo a sus compañeros, los alojó cerca de él y les confió la instrucción de algunos clérigos jóvenes destinados al presbiterado; tal fué el origen del seminario de San Sulpicio, verdadero seminario nacional, de donde salieron tantos obispos y tantos sacerdotes sabios y piadosos.

Olier fundó seminarios en el Puy, en Nantes, etc., y hasta en el Canadá. Antes que él, el P. Eudes había fundado en Normandía y en Bretaña los primeros seminarios provinciales.

La Compañía del Santo Sacramento no se proponía una obra determinada, sino todas las buenas obras católicas. El duque de Ventadour, laico heroicamente puro que había consagrado a Dios a su joven y querida esposa, la había creado en 1629 (ó 1630) para servir de lazo de unión entre todas las sociedades que se proponían la asistencia de los enfermos y de los pobres, la moralización de las masas y la conversión de

los herejes, y a las cuales había de ayudar, excitar y sostener con su dinero, con su influencia y con sus relaciones. Era una especie de oficina central de beneficencia y de propaganda católica. La compañía tuvo muy pronto sucursales en las principales ciudades de provincia, en Burdeos, Poitiers, Tolosa, Limoges, Marsella, Grenoble, Lyon, Amiens, Caén, Dijón, etc., todas las cuales estaban en comunicación con la central de París. La adopción de los miembros se hacía de hombre a hombre y con mucho misterio, pues la Compañía ocultaba su acción y hasta su existencia para substraerse a la fiscalización y a los celos de los obispos, de los parlamentos y de los funcionarios del rey. Si hubiese confesado que se proponía remediar todas las miserias sociales y suplir la insuficiencia religiosa y moral de la Iglesia y del Estado, no habría sido tolerada; por esto estaba organizada como sociedad secreta. Es digno de notarse que habiendo sido inspirada en su origen por religiosos, por consejo de estos mismos excluyera de sus comités a los regulares, por considerarlos sometidos a la voluntad de sus superiores.

La Compañía acometió innumerables obras, y precisamente por la magnitud de sus ambiciones y de su acción puede medirse mejor que por otra cosa alguna la fuerza del movimiento católico. En muchas ocasiones se adelantó en las vías filantrópicas al mismo héroe de la caridad; antes que él se ocupó de los galeotes, de los presidiarios y de los presidios berberiscos; y consciente ó inconscientemente, Vicente de Paúl fué, a veces, agente de sus obras y distribuidor de sus limosnas. Trabajó para limpiar de mujeres públicas los barrios de París; visitó las cárceles; alimentó a los presos, los cuidó y les proporcionó sacerdotes; recomendó y, cuando pudo, impuso la decencia en las iglesias; denunció a los magistrados los desórdenes públicos y desgraciadamente también los privados, y persiguió a los blasfemos, a los iluminados y a las gentes escandalosas. Los reformados, que negaban el sacramento del altar, inspiraban naturalmente particular antipatía a la Compañía del Santo Sacramento, la cual organizó misiones para convertirlos, sin omitir tampoco los medios profanos. No se interesaba por los herejes pobres sino cuando con su asistencia había de traerlos nuevamente al catolicismo; y ella fué la que fomentó y desarrolló el espíritu de proselitismo y de odio que había de determinar la revocación del Edicto de Nantes. Cuando comparamos el bien y el mal que ha hecho, nos sentimos perplejos: estaba animada de las mejores intenciones, alivió gran número de miserias é intentó, con la fuerza que presta el número, poner al cristianismo en acción en una sociedad tan dura para los miserables y tan poco cristiana por sus instituciones; pero, en cambio, sus prácticas de delación repugnan y su espíritu de intolerancia inspira horror.

Del celo religioso de este siglo nació también el jansenismo. Se recordará que la madre Angélica había reformado Port-Royal des Champs, cuya comunidad, arrojada de aquella casa por la fiebre, se había establecido en París, en el extremo de la calle de Saint-Jacques (1626). Durante muchos años tuvo como director espiritual a Zamet, obispo de Langres, prelado fastuosamente devoto, que abría el convento a las relaciones mundanas y, al mismo tiempo que relajaba la

disciplina, imponía exageraciones teatrales de ceremonias y penitencias. Pero en 1636 fué nombrado director de Port-Royal Saint-Cyrán, quien privó á Zamet «de toda influencia y aun de la entrada,» é hizo volver á las religiosas al rigor de la regla y á la práctica de la vida interior.

Zamet, al verse desposeído, quejóse á Richelieu diciendo, cosa que otros muchos afirmaron, que el nuevo director espiritual, con el pretexto de defender la dignidad de los sacramentos, apartaba á las religiosas de la comunión demasiado frecuente. Citábase la siguiente opinión de Saint-Cyrán: «No, no hay Iglesia desde hace quinientos ó seiscientos años; antes la Iglesia era como un gran río que tiene sus aguas claras, pero ahora la Iglesia no nos parece otra cosa que un cenagal; el lecho de aquel hermoso río aun es el mismo, pero las aguas no son iguales.» Según parece, habló del concilio de Trento como de una «asamblea política.»

Richelieu estaba, por desgracia, demasiado dispuesto á escuchar á los acusadores. Siendo obispo de Lu-zón había conocido á Duvergier de Hauranne, que no era todavía el padre Saint-Cyrán, y cuando fué ministro trató de hacerse suyo á aquel hombre, grande por su carácter, por la austeridad de su vida y por la extensión de su ciencia teológica; pero Saint-Cyrán había declinado el ofrecimiento que aquél le hiciera de varias abadías y obispados. Mantenía Saint-Cyrán estrechas relaciones con el teólogo de Lovaina, Jansenio, que volvía á agitar la cuestión de la gracia y de quien se sospechaba que había publicado contra el rey de Francia, después del saqueo de Tirlémont, un violento libelo, el *Mars Gallicus*. Saint-Cyrán, además, era el único teólogo, ó poco menos, que se había manifestado contrario á la anulación del matrimonio de Gastón de Orleans con Margarita de Lorena.

Algunas de sus opiniones mortificaban á Richelieu en su orgullo de polemista. Antes, en su Catecismo, y ahora mismo, en su *Traité de la Perfection chretienne* («Tratado de la Perfección cristiana»), que había empezado á fines de 1636, enseñaba que el temor de las penas del infierno (atrición) bastaba con la confesión para la remisión de los pecados; Saint-Cyrán, por el contrario, declaraba que la salvación era imposible sin la contrición perfecta, es decir, sin el amor de Dios y el pesar de haberle ofendido.

Este desacuerdo podía tener sus consecuencias en política. Luis XIII se preguntaba á veces con inquietud si el temor de las penas eternas bastaría para absolverle de sus alianzas con los herejes, y sus zozobras aumentaron cuando el P. Seguenot publicó su libro sobre la Virginitad, en el que sostenía que la confesión sin la contrición era ineficaz. Richelieu se informó de la procedencia de las doctrinas del P. Seguenot y pudo remontarse hasta Saint-Cyrán; entonces le hizo arrestar (14 de mayo de 1638) y encerrar en el torreón de Vincennes, «con la conciencia segura, dice, de haber prestado un servicio á la Iglesia y al Estado.»

III.—La reforma de la Iglesia y de las órdenes religiosas

La fe de aquella generación debía hacer que á sus ojos apareciesen más escandalosos aún los abusos que

la corrupción de los clérigos, las preocupaciones de la época y la política de los reyes habían introducido en la Iglesia.

Los obispados eran á veces adjudicados á niños que, como decía en 1614 Cospeau, obispo de Lisieux, estaban «todavía ó en brazos de sus nodrizas ó educándose en los colegios;» también lo eran á grandes señores que no tenían de eclesiásticos más que el hábito que vestían; y á menudo asimismo señalaba el rey pensiones sobre obispados y beneficios como hubiera podido hacerlo sobre cualquiera renta general.

La Nobleza y la alta Burguesía habíanse acostumbrado á considerar los bienes de los conventos y de las iglesias como la esperanza de los segundones, como el recurso de las familias numerosas, como la Providencia de las casas arruinadas. Sin que este hecho pueda ser invocado contra la fuerza y la sinceridad del Renacimiento religioso en el siglo XVII, es indudable que el empobrecimiento de ciertas clases contribuyó entonces á poblar los conventos. Mientras Richelieu, en los Estados generales de 1614, atribuía la pérdida y la ruina de la Iglesia á las encomiendas, la Nobleza echaba de menos los tiempos en que todos los beneficios eclesiásticos iban á parar á manos de sus segundones y en que, como dice un escrito de la época, «los jefes de las casas y otros parientes de gentes de Iglesia obtenían de ello gran utilidad porque se veían ayudados y aliviados tanto en los gastos de sus hijos varones como en los casamientos de sus hijas.» Los abades comendatarios y los poseedores de los curatos se transmitían por resignación los beneficios de padres á hijos y gracias á este expediente la encomienda se iba secularizando.

Las doncellas sin dote á quienes sus padres recluían en un convento, los segundones que ingresaban en la Iglesia para vivir en el mundo ricamente, las abadesas escogidas en la aristocracia y los grandes señores transformados en prelados, tenían su manera especial de entender la vida clerical, y en sus diócesis, cuando por casualidad residían en ellas, ó en los monasterios, continuaban, salvo algunas excepciones, recibiendo visitas, dando fiestas, cazando y bailando.

No era aquel el alto Clero con que soñaba Richelieu: «Es preciso sobre todo, escribía en su Testamento político, que un Obispo sea humilde y caritativo; que tenga ciencia y piedad, valor firme y un celo ardiente por la Iglesia y por la salvación de las almas.» Recomendaba al rey que sólo elija para obispos «á los que hayan pasado un tiempo considerable, después de sus estudios, trabajando en dichas funciones (eclesiásticas) en los Seminarios que son los lugares establecidos para aprenderlas.» Quiere, además, obligar á los elegidos «á que residan en sus diócesis, establezcan en ellas Seminarios para la instrucción de sus eclesiásticos y visiten allí su grey.»

Pero tenía preocupaciones de clase y sin dejar, de reconocer que las personas de esclarecida estirpe se sometían más difícilmente á su deber, las prefiere para estos altos empleos. Las que no son más que doctas y piadosas son á menudo «muy malos obispos, ya por no ser propias para gobernar á causa de su bajo origen, ya por vivir con una economía que, relacionada con su cuna, se acerca mucho á la avaricia, al paso que la Nobleza que tiene virtud tiene con frecuencia un deseo

particular de honor y de gloria que produce los mismos efectos que el celo determinado por el puro amor de Dios, y vive generalmente con lustre y liberalidad conforme á tal cargo y sabe mejor el modo de obrar y conversar con la sociedad.»

Mas como esta Nobleza no sabía á menudo otra cosa, Richelieu opina que hay que dar una participación á la virtud de humilde abolengo; y puesto que la ciencia, la piedad, las buenas costumbres y la estirpe ilustre raras veces suelen ir unidas, «la mejor regla que puede seguirse en esta elección (de los obispos) es no ajustarse á una regla general, sino escoger unas veces personas sabias, otras personas menos letradas y más nobles; en unas ocasiones jóvenes y en otras viejos...»

En realidad, el cardenal nombró principalmente individuos «menos letrados y más nobles,» pertenecientes á las grandes familias de la milicia ó de la magistratura, preocupándose más del servicio del Estado que del de la Iglesia. Entiende que Du Plessis-Houdancourt será un óptimo obispo de Nancy porque es sabio y apto para predicar en la ciudad «y para empuñar el bastón de la cruz para defenderla, si de ello se presenta ocasión.» Si impuso un coadjutor al obispo de Montaubán, Murviel, que no se mostraba «activo y celoso en el honor de Dios y en la salvación de las almas,» en cambio era de todo punto indulgente con Cohón, obispo de Nimes, tan poco celoso como aquél, pero que en la Asamblea del Clero de 1635 luchó para obtener subsidios para el rey. A pesar de estas contradicciones, Richelieu contribuyó á la reforma, pues ni él ni Luis XIII habrían tolerado de sus prelados una falta pública, escandalosa, contra las buenas costumbres; á falta de virtud, impusieron la decencia.

El fervor religioso de los comienzos del siglo se había manifestado con la fundación de un gran número de órdenes religiosas nuevas, pero impulsaba también á la reforma de las antiguas que, salvo la de los Cartujos, se habían relajado extraordinariamente. En la mayoría de los conventos, los frailes y las religiosas no observaban la clausura y suprimían los oficios en común y las velas debilitantes; los que eran de familias ricas ó acomodadas, habitaban aparte y, faltando al voto de pobreza, tenían dinero y muebles, y todos ellos recibían y hacían visitas. Mas no eran estas las peores transgresiones de las reglas que se cometían en algunas de aquellas abadías.

El Clero, el Parlamento y hasta muchos religiosos pedían el restablecimiento de la disciplina. Varios monasterios de diferentes órdenes trabajaron en este sentido por su propio impulso y consiguieron reformarse: así los Benedictinos de Lorena habían restablecido en todo su rigor la regla de San Benito y se habían constituido aparte con el nombre de Congregación de Saint-Vanne, siendo seguido su ejemplo en Francia por los monasterios de San Agustín de Limoges (1613), de San Farón de Meaux y de San Pedro de Jumieges que, en 1618, formaron la Congregación de Saint-Maur. También las abadías de Bretaña habían vuelto á la austeridad primitiva.

Pero estos religiosos que observaban estrictamente la regla de su orden eran una pequeña minoría. Luis XIII quiso poner remedio á este estado de cosas y, á petición suya, el papa Gregorio XV encargó al cardenal de La

Rochefoucauld que reformara en Francia los monasterios de San Benito, San Bernardo y San Agustín (8 de abril de 1622). El comisionado pontificio trabajó en ello con mucho celo, ayudado por Berulle y apoyado más tarde por el cardenal ministro; pero á esta obra se opusieron muchas resistencias. El convento de los Grandes Agustinos de París había llegado á ser, dice discretamente el P. Houssaye, «la fábula de París y de Francia;» Berulle, que quiso acabar con el escándalo, fué recibido á pedradas y uno de los frailes «corrió hacia el altar y cogiendo un candelero trató de golpearle con él, mientras otro... levantó la mano para abofetearle» (1628). Diez años después (8 de julio), Richelieu pedía al rey tres compañías de guardias francesas y suizas para restablecer el orden en el convento de los Carmelitas.

En Burdeos, el arzobispo Francisco de Sourdis, prelado poco sufrido, luchó á brazo partido con las monjas de la Anunciación, abofetó á la madre abadesa y «su capellán perdió en la refriega el manto y el solideo;» instaló cuatro soldados en el convento de los Dominicanos para ayudar al prior á reducirlos á la obediencia; y hubo de derribar la puerta del de los Franciscanos, á los cuales expulsó. Olier, encargado de visitar (1638) el convento de La Regrippiere, de la orden de Fontevrault, cerca de Angers, encontró la puerta cerrada «y hasta se vió en la necesidad de ponerse á cubierto durante la noche en un establo infecto.»

El cardenal se ocupó personalmente de los Benedictinos. Esta inmensa familia monástica estaba dividida en Congregaciones ú Órdenes, reformadas ó no: Orden de Cluny, de Citeaux, Congregaciones de Saint-Vanne, de Saint-Maur, de Chezal-Benoit, etc.; y cada uno de estos grupos abarcaba un gran número de monasterios y seguía, á su manera, más ó menos fielmente la regla de San Benito.

Richelieu, nombrado en 1627 coadjutor del abad de Cluny y en 1629 abad, había llevado á este monasterio Benedictinos reformados de Saint-Vanne y relegado á los diversos prioratos á los religiosos que no quisieron someterse á la estricta observancia de la regla de San Benito. Apresuró la implantación de la reforma en la abadía de Marmoutier, y ayudó á la congregación de Saint-Maur á anexionarse las abadías de Saint-Germain-des-Prés (1631) y de Saint-Denis (1633). Pero no por esto se olvidaba de sí mismo; en efecto, proyectó agrupar las congregaciones de Saint-Vanne y de Saint-Maur y la orden de Cluny en un cuerpo tripartido del cual sería él el superior generalísimo. La realización de este plan habría sido el primer paso hacia la reunión, tan política como religiosa, de todos los Benedictinos de Francia y de Lorena; pero sólo consiguió unir el orden de Cluny con la congregación de Saint-Maur, y aun esto contra la voluntad del papa que no quiso dar las bulas (1634-1636).

Administrador de Chezal-Benoit y elegido abad de Citeaux en 1637, tenía jurisdicción sobre casi todos los monasterios benedictinos de Francia.

Y sin embargo de disponer de poder tan grande, Richelieu sólo obtuvo medianos resultados. La expulsión de los religiosos refractarios y la intervención de los arqueros y soldados no eran suficientes para modificar las costumbres de los conventos. Las diversas potestades